

llenó de alegría á toda la tertulia. Entonces Dorotea, poniendo su rueca y sus anteojos encima de una mesa, suspiró y dijo: «¡Ah! ¿por qué contamos historias de países lejanos, cuando han sucedido tan terribles en el nuestro? Si os contase todos los crímenes que se han cometido cerca de nosotros, no acabaría en mucho tiempo; pero en este instante solo me acuerdo de una pobre señora, del mismo país que este Caballero. ¿No sois ruso? — Sí, buena muger, respondió Voronitcheff. — Eso me han dicho, y me ha traído á la memoria una Princesa que venia de Moscou y se dirigia á Nápoles. Pero Dios no quiso que concluyese su viage. — ¿Y quién le impidió

concluirlo? preguntó Voronitcheff. — La muerte, y una muerte horrible: yo os contaré lo que me han dicho.»

Entonces toda la asamblea empezó á escuchar atentamente. «Hará veinte años el 14 de agosto próximo, cinco dias despues de san Lorenzo, que es el patron de nuestro lugar, que á cosa de las siete de la noche vi detenerse delante de mi casa una silla de posta: bajó de ella un criado, despues una doncella, y últimamente una señora mui descolorida y que parecia fatigada del camino: á los dos dias se puso mala la doncella, lo que obligó á la señora á detenerse algo mas de lo que pensaba: se llamaba la Princesa de....

esperad un poco, la Princesa.... Perdonad, señor, los italianos no podemos pronunciar los nombres de vuestro país, y solo me acuerdo de que el de la Princesa acababa en *off*. Se alojó en la habitación en que estais vos, que solo está destinada para los caballeros de distincion: las habrá acaso mas hermosas; pero creo que no mas cómodas, ni aun en Florencia, en donde dicen que las posadas son como palacios. Así es, que no me aflijo por la llegada de un grande personage; y hago todo lo que puedo por tratarle como merece. Ministros, embajadores y cardenales han dormido en ella; y hará unos tres años que S. M. I. el gran Duque de Toscana bebió allí mis-

mo una botella de *lacrima-christi* con algunos oficiales de su corte, mientras mudaban caballos. Pero volvamos á la Princesa rusa: era un ángel de bondad; tenia mas caridad en un solo dedo, que otras señoras en todo su cuerpo; daba mas limosnas á los pobres en ocho dias, que otros mas ricos en toda su vida. ¡ Dios mio! y una señora tan buena habia de.... Pero acaso nuestro Señor no quiso recompensar á esta alma privilegiada sino en la otra vida. Viajaba para restablecer su salud: su criado, que se llamaba Koustroff, no cesaba de decirme que los médicos desesperaban de su vida, y añadía con frialdad: «La muerte seria para ella un beneficio.» ¡ Pobre Señora!

el dia que se fue para Bolonia oyó nuestra misa. Al tiempo de marcharse me confió á su doncella que aun estaba bastante mala para poder seguirla, é hizo escribir sus instrucciones para que emprendiese su viage luego que estuviese restablecida.

Doce dias despues, viniendo un párroco de una aldea inmediata á visitar á nuestro buen pastor, le dijo, que en el camino habia encontrado un cuerpo medio podrido, arrojado en un barranco y cubierto con hojas; los vestidos indicaban que era una señora de distincion. Se llamó á los ministros de justicia, y se hicieron las diligencias de estilo.

Luego que oí la relacion del

párroco, conocí que era el cuerpo de la Princesa, y que habia sido asesinada el mismo dia de su partida. — Es necesario advertir tambien, que un postillon llamado Rolando, que habia ido conduciendo su silla de posta, desapareció al dia siguiente sin despedirse de nadie. Nos dijeron entonces que habian visto muchas veces á Rolando con el criado de la Princesa, y que siempre iban á beber juntos; lo que nos hizo creer que estos dos malvados habian formado el proyecto de asesinar á la Princesa, y robarla todas sus riquezas: yo dí mi declaracion, y desde entonces no he vuelto á saber si han cogido á los delincuentes.

Volviendo yo á mi casa encontré á mi marido; desgraciadamente la doncella se hallaba algo mejor; bajó silenciosamente la escalera y escuchó todo el suceso: Dios es testigo que yo no lo sabia. Oimos ruido detras de esta misma puerta, corro hácia ella, y me la encuentro en los últimos suspiros. Llamamos al momento á un famoso médico; pero fue inútil toda su sabiduría: ya sabeis lo que es una recaída en tan largas enfermedades: esta jóven, no pudiendo sobrellevar la pérdida de su Ama, á quien queria en extremo, murió entre mis brazos. El dinero que la habia dejado la Princesa, y el que se sacó de la venta de sus vestidos, apenas fue suficiente para pagar al médi-

co, al boticario y el entierro. Conservo aun las cartas de Koustroff. Tened la bondad de registrarlas; acaso encontrareis allí el nombre de la Princesa, de que yo no me acuerdo ahora, y que no pudo entender el juez. Leonardo (dijo á un criado), toma esta llave, abre el armario grande y tráeme unos papeles que estan encima de la ropa, atados con una cinta negra.

Habiendo cumplido Leonardo la órden de su ama, la vieja Dorothea entregó á Voronitcheff un rollo de papeles, los tomó con indiferencia, y solo por complacer á su huésped; pero bien se conocia en su semblante, que fijaba en ellos tanto su atencion como en la historia que acababa de escuchar. Le

avisaron que estaba dispuesta la cena, y saludando friamente á los demas, desapareció. Entonces Dorotea no pudo menos de exclamar: «A fe mia que este no se parece á los demas rusos, porque todos son afables y graciosos.»

Despues de cenar registró los papeles con bastante distraccion; y lo que únicamente encontró notable fue la letra, que le pareció mui buena. Al amanecer estaba compuesto su carruage y siguió su camino; no le seguiremos en él, porque la exactitud de la narracion exige que volvamos á su pais.

Su ausencia no habia mejorado sus negocios, á pesar de los buenos officios del Administrador. Voronitcheff (entonces de treinta a-

ños) era, como hemos dicho ya, caprichudo y vanidoso; los viages aumentaron maravillosamente estas cualidades: compró en Italia una porcion de pinturas y objetos de lujo, en que le engañaron tanto mas, quanto se creia inteligente. En París compró muebles preciosos, gloriándose con la sola idea de escitar la envidia de sus vecinos. El Administrador le esponia respetuosamente muchas veces la dificultad de encontrar el dinero: las respuestas de su Amoro eran lacónicas, pero espresivas.

A su vuelta se mostró duro con todos sus vasallos é ingrato con su Administrador: este lloraba amargamente la desgracia de servir á tal Señor; pero tal era su suerte,

y solo dejando de vivir podia dejar de ser esclavo. Voronitcheff supo que un extranjero, llamado Mr. Paradikin, á quien nadie conocia, habia comprado una hermosa posesion poco distante de la suya. Se sorprendió extraordinariamente cuando supo el raro carácter de su nuevo vecino, que no queria ver á nadie, ni entablar relaciones con la vecindad; siempre respondia á sus convites con una repulsa política; casi nunca salia de su casa, y se encubria á la vista de todos con un cuidado grandísimo. El primer año se fijó la atencion de todos sobre este personage misterioso; pero al segundo ya nadie hablaba de él. La malicia de los hombres no perdona á nadie; pero un

carácter igual fatiga á veces la crítica. Cuando Voronitcheff llegó á su patria, nadie hablaba ya de Paradikin; ademas, este carácter era en cierto modo digno de elogios, y debia conciliarle la estimacion de todos. El nuevo propietario mejoraba visiblemente la suerte de los labradores; su gobierno era suave y paternal; exigia poco y concedia mucho; asi que hablaban de su amo con reconocimiento y cariño, y estas alabanzas se estendian por todo el pais. Voronitcheff escuchaba con desagrado semejantes relaciones, porque veia en cada rasgo de esta conducta generosa una crítica de la suya.

Encontrándose un dia entre u-

na numerosa concurrencia, manifestó su intencion de hacer una visita á Paradikin; y aseguró que no solamente seria recibido, sino que entablaria amistad con él. Todos se burlaron de su jactancia; pero era de aquellas gentes que no conciben la idea de la resistencia á su poder. El dia siguiente fue á la casa de su vecino invisible, pretendió verle, llamaron á su Secretario, y éste le manifestó respetuosamente las excusas de su amo. Voronitcheff, con un tono de superioridad, manifestó que tenia grandes asuntos que comunicar con él. Algunos instantes despues volvió el Secretario y le declaró la voluntad de su Amo que no recibia á nadie, y que si tenia algun asunto

que comunicarle, lo hiciese por escrito; que nadie podria haerle que perturbase su costumbre. El imperioso Voronitcheff quiso entrar por fuerza; pero los criados del incógnito se lo impidieron: cuando conoció que eran inútiles sus esfuerzos, se retiró jurándole un odio eterno, y buscaba ocasiones de manifestar abiertamente su furor; pero habiendo faltado estas, olvidó su enojo, y los continuos viages á Moscou y Petersburgo le hicieron olvidar que odiaba á su vecino.

Se pasaron cuatro años sin que hubiera ninguna relacion entre los dos. En este tiempo la opinion de Voronitcheff llegó á ser la mas detestable en el concepto de todos sus vecinos. Se hablaba de una

causa criminal entablada contra él.

El hombre misterioso ignoraba todo esto: su posesion era su universo: empleaba el tiempo en los cuidados del campo y los deberes de la religion: su sincera piedad la manifestaba por sus continuos actos de beneficencia. Luego que llegaba á su noticia un incendio ó una inundacion, él y sus criados eran los primeros que se presentaban á cortar el daño. Los labradores, conducidos por un señor que adoraban, hacian prodigios. Se oia decir con frecuencia á los señores de aquel pais: «Sin los socorros de Paradikin mis posesiones se hubieran reducido á cenizas.» Otros decian: «Este hombre es una verdadera salamandra;

atraviesa por entre las llamas sin quemarse un cabello.» En fin, el pueblo bajo aseguraba haber visto á san Basilio protegerle en un incendio.

En el momento que se acababa el peligro, montaba á caballo, y corria como si hubiese cometido un delito. No daba tiempo para que le espresasen su reconocimiento; y ni le volvian á ver ni oian hablar de él.

Cuando el tiempo era malo, y por esto era necesario apresurar los trabajos del campo, los propietarios se prestaban mutuamente sus obreros. En este año las demasiadas lluvias habian desolado el departamento de Kalonga; los granos iban á perderse; todos pe-

dian recursos á sus vecinos para hacer la recoleccion. Paradikin tenia sus trabajos mas adelantados que los demas. Por el contrario, Voronitcheff estaba mas atrasado que los otros, y nadie queria socorrerle. Creyendo que el hombre misterioso habria olvidado ya la ridícula escena de que hemos hablado, le escribió pidiendo su socorro. Paradikin nada habia olvidado; pero demasiado generoso, le contestó que á los dos dias le enviaria el socorro deseado.

Al leer Voronitcheff este billete, experimentó una conmocion que no podia explicar. Le parecia conocer la letra; y cuanto mas la miraba, mas se fijaba en esta idea. «Esta letra, se decia á sí mismo,

la he visto en alguna parte: ¿pero en dónde? Es la primera vez que me escribe Paradikin, y con todo yo conozco su letra: esto sin duda me señala una época memorable de mi vida.»

Estas ideas habian conmovido de tal modo á Voronitcheff, que estuvo largo rato recorriendo todos los acontecimientos de su vida, creyendo encontrar en ellos el verdadero motivo de conocer la letra de un hombre que no le habia escrito en su vida. De repente, como herido de un rayo de luz, se dirige á su biblioteca, tira de los legajos cubiertos de polvo, que no se habian tocado en tres generaciones; en fin, despues de revolver todos los papeles, y enfadado

ya de no encontrar lo que buscaba con tanta ansia, vió un legajo pequeño atado con una cinta negra: era el mismo que le habia entregado Dorotea, la vieja posadera italiana. Voronitcheff, embriagado de alegría, vuelve á su gabinete. Tenia la instruccion que la Princesa rusa habia dejado á su doncella; compara esta letra con la de la esuela de Paradikin; la letra es igual, y no puede dudarse que está formada por una misma mano. Voronitcheff dió un grito de alegría. «¡Ah! esclamaba, ya estás en mis manos, misterioso Paradikin: la voluntad del cielo me hace árbitro de tu suerte y de tu reposo: te haré pagar bien caro ese reposo.... Este papel hace trai-

cion al sangriento principio de tu fortuna. Voi á ponerte en manos de la justicia y á deshorrar tu vejez. Pero acaso este misterio que acabo de descubrir, podrá servirme para mejorar mi fortuna: no precipitemos nada; procuremos conciliar el odio con el interes personal, mas poderoso aun.

Bajó al jardin para respirar el aire libre; pero encontró que el tiempo era demasiado tardo para ejecutar su plan. Luego que determinó lo que habia de hacer, volvió á su habitacion: demasiado impaciente para despreciar un minuto, pidió un carruage; luego que estuvo dispuesto, mandó que le llevasen en casa de Paradikin. El cochero creyó al principio haber

entendido mal; y luego que se confirmó en lo que habia oido, tomó el camino de la habitacion del hombre benéfico, segun le llamaban algunos, y otros el hombre invisible. En esta ocasion Voronitcheff se aseguró bien para que no se le negase la entrevista que deseaba. Se acordaba mui bien del modo con que fue recibido la única vez que habia ido á su casa. A dos tiros de fusil de esta hizo parar el carruage; mandó á sus criados que le esperasen, y se dirigió por una senda oculta, para no ser conocido. Esta conducia á una puerta falsa de la quinta. Procurando evitar el encuentro de los criados, Voronitcheff entró en la capilla, desde allí subió por una escalera

oculta por donde iba Paradikin á cumplir sus deberes religiosos. Voronitcheff sabia perfectamente la disposicion de la casa por lo mucho que se habia hablado de la extraña vida de su vecino. Habiendo llegado á lo mas alto de la escalera, abre bruscamente la puerta, y se encuentra enfrente de Paradikin, que sobrecogido de esta aparicion, manifestó su sorpresa en su semblante. ¿Por qué habeis cometido la impolitica de forzar mi casa y entrar en ella por sorpresa? ¿Es esto, le dijo, agradecer un favor? Mañana mis criados....—Nada tengo que ver con vuestros criados, dijo Voronitcheff interrumpiéndole: se trata de mayores intereses que los de una miserable cosecha.—

¿No habeis recibido mi carta? — Si, si, sosegao, he recibido vuestra carta; sin duda el cielo os inspiró para escribirla y para que fuese el instrumento de vuestra pérdida. Paradikin no se admiró de las amenazas de su vecino, conocido en toda la comarca por un hombre violento y altanero. «Salid de aquí, gritó con voz firme; salid al instante; ningun asunto tengo que tratar con vos, y vuestra estraña conducta me dispensa de toda política. — ¡Que salga de aquí! ¡miserable! exclamó Voronitcheff cruzando los brazos sobre el pecho: tú solo debes salir de esta casa que debes á un asesinato, y al robo mas vergonzoso. — ¡Qué pretendeis con una acusacion tan ridícula co-

mo odiosa? Salid de mi casa os digo, ó me hareis atropellar los derechos de la hospitalidad: esta no es digna del que viola de tal modo el asilo de un hombre de bien. — Decid mas bien de un malvado. En cuanto á mi seguridad, no te temo á tí ni á tus criados; y ojalá que estuvieran todos reunidos, les descubriría el crimen y la vergüenza de su amo. — Es demasiado ultrajarme y.... — Silencio, silencio, digo: esa arrogancia no es del caso: cuando lo sepas todo, te postrarás á mis rodillas implorando piedad; yo seré el árbitro de tu fortuna, de tu honor y de tu vida. — ¿Yo implorar vuestro perdon? jamas. Si tuviese la debilidad de temeros, sé mui bien que nada podria esperar

de vos.» Entonces Voronitcheff acercándose á su enemigo, y procurando manifestarse sereno, le dijo en voz baja: «Escucha, Koustroff, porque este es tu verdadero nombre: ¿qué has hecho de la Princesa que te llevó á Italia hace treinta años? No volvió á su patria: ¿qué has hecho de ella? responde.» A estas penetrantes palabras quedó inmóvil Paradikin, y no pudo sustraerse á las terribles miradas de su enemigo la alteracion de su semblante; con todo, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, le respondió: «¿De qué Princesa hablais? yo no he viajado por Italia. —No, Paradikin no ha viajado por Italia; pero Koustroff, criado de una Princesa rusa, siguió á su Ama

en este viage, y este criado eres tú. — Mis costumbres y mi conducta en esta provincia dan á conocer fácilmente que no he sido criado de nadie; este es un nuevo ultrage. Os repito que me incomoda esta conversacion, y concluiré.... — Eludes mi acusacion, hipócrita: yo voi á responder por ti. Has asesinado á la Princesa en el camino de Bolonia entre la casas de posta de Lagoscuro y Polesella. Tu hermosa casa, tus grandes dominios y todos tus criados han sido el precio de la sangre de tu desgraciada Ama; aunque hace mucho tiempo que la derramaste, aun está clamando contra ti. Yo estuve en el lugar del delito, y allí me lo han contado. La Providencia

me ha elegido para ser tu acusador, y mañana serás citado ante el juez.»

A cada palabra se aumentaba la turbacion de Paradikin: con todo le respondió con una voz débil: «La infame calumnia con que queréis denigrarme, me causa mas indignacion que sorpresa; sabia que erais mi enemigo. Una vana acusacion desnuda de pruebas.... — ¡Desnuda de pruebas! exclamó Voronitcheff con la sonrisa de un malvado; ¿y crees que si no las tuviera estaria delante de tí? Koustroff, ¿te acuerdas del postillon que te sirvió en tu delito? Rolando.... Tiembas al oír esta palabra: reconoce estos caracteres trazados por tu mano culpable.... es la instruccion que dejaste á la doncella de

la Princesa; está firmada por tí. Desde entonces no se ha mudado tu letra: di ahora que no tengo pruebas.» Estas últimas palabras no pudo oírlas Paradikin: al nombre de Rolando, á la vista del escrito fatal, cayó sin conocimiento encima de una silla. El acusador ha triunfado; el desmayo es una confesion tácita del crimen; no quiere llamar á los criados, porque estos destruirian su proyecto. Aplica á Paradikin un poco de vinagre: entreabriendo éste los ojos y conmovido de verse aun tan cerca de su enemigo, apenas puede pronunciar estas palabras: «No me perdais: ¿qué mal os he hecho?»

En el momento mudó de tono Voronitcheff: abandonó su aire de